MANUEL ALCÁNTARA
SANTIAGO MARIANI
EDITORES



LA POLÍTICA VA AL CINE

UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO

MANUEL ALCÁNTARA
SANTIAGO MARIANI

EDITORES

LA POLÍTICA VA AL CINE

UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO

Mandela y la construcción de la nación sudafricana. Un abordaje desde tres películas[1]

Santiago Mariani

El 11 de febrero de 1990, luego de estar preso durante veintisiete años y medio, Nelson Mandela sale en libertad. En ese momento, Sudáfrica se encontraba profundamente dividida por el *apartheid*, un brutal sistema impuesto desde 1948 por una minoría blanca que negaba, mediante una serie de oprobiosas leyes, los derechos más básicos y fundamentales de la mayoría negra. Las profundas desigualdades y privilegios resultantes de las políticas que estructuraban ese sistema que favorecía a los blancos en desmedro de los negros habían hecho de Sudáfrica un polvorín habitado por grupos irreconciliables y en constante pugna.

Mandela, al salir en libertad y consciente del peligro que enfrentaba su país, se propone encontrar una salida pacífica antes que las tensiones, los conflictos y los choques que habían generado estas condiciones terminaran en un baño de sangre entre blancos y negros. Entonces, para decepción e incomprensión de sus seguidores, intenta recorrer un camino basado en el encuentro y la reconciliación con los mismos blancos que habían sojuzgado a los suyos durante tanto tiempo. Es así como en la jornada posterior a su liberación brinda una primera conferencia de prensa ante doscientos periodistas de todo el mundo y presenta algunas de las líneas de su propuesta de: «[…] reconciliar los miedos de los blancos con las aspiraciones de los negros […]» (Carlin 2008: 85). Mandela sabía que los negros aspiraban a que se permitieran elecciones libres e universales –«un hombre, un voto»– de modo de poder elegir a sus propios líderes, pero también sabía que el mayor temor de los blancos era que la mayoría negra, una vez en el poder, intentara dominarlos y oprimirlos como ellos habían hecho con los negros.

Para poder conciliar con éxito los miedos de los blancos con las aspiraciones de los negros, el involucramiento de los líderes blancos era crucial y Mandela concentra sus mejores energías en lograrlo. Es Frederik Willem de Klerk (entonces presidente de Sudáfrica), que lo había liberado, quien camina junto a Mandela y con quien comparte aquel proyecto de construir una nación para todos, aunque en el imaginario colectivo la figura central y excluyente de este logro, denominado «[…] una revolución sistémica a través de medios pacíficos […]» (Glad y Blanton 1997: 565), es esencialmente Nelson Mandela.

1 Agradezco a Manuel Alcántara y a Maxwell Cameron por sus valiosos comentarios, que contribuyeron a enriquecer sustancialmente el presente trabajo.

Durante el periodo crucial que va desde el 11 de febrero de 1990 hasta la elección presidencial de Mandela en 1994, De Klerk encara el desmantelamiento del orden político racista liberando a Mandela y anulando las leyes que estructuraban el *apartheid*. El proceso de cambio, que finalmente posibilita construir la nación entre los dos grupos, se produce gracias a la cooperación y el acercamiento entre ambos líderes: «La liberación de Mandela de prisión una semana después del discurso de De Klerk ante el Parlamento le otorgó a De Klerk un socio con el cual pudo guiar a Sudáfrica a través del cambio revolucionario desde el *apartheid* a una entidad política multirracial» (Glad y Blanton 1997: 568). Esa «sociedad» entre De Klerk y Mandela fue lo que permitió superar el difícil contexto que enfrentaba Sudáfrica: «Aquello que hizo posible el progreso en circunstancias tan difíciles fue que Mandela y De Klerk compartieran el mismo objetivo general, la construcción y estabilización de una entidad política democrática multirracial en una no-fragmentada, ordenada y económicamente viable Sudáfrica» (Glad y Blanton 1997: 572).

Para aproximarse desde la pantalla al proceso de construcción de la nación en Sudáfrica y al rol que juegan Mandela y De Klerk en semejante proeza política, se analizan en este ensayo tres películas recientes: *Adiós Bafana* (August; 2007), *Invictus* (Eastwood; 2009) y *Mandela. Del mito al hombre* (Chadwick; 2013). En todas ellas los directores han destacado los elementos que posibilitaron el nacimiento de una nación mediante la reconstrucción de una trama que tiene a Mandela como el personaje central de esta historia.

¿Qué es una nación?

Según Benedict Anderson, la nación es: «[…] una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana» (1993: 23). La nación es en primer lugar imaginada por la imposibilidad de que todos los miembros de ella se conozcan entre sí y porque, a pesar de ello, comparten una idea en común acerca de esa nación; es la «común-unión» que liga a todos sus miembros aun cuando no se conocen entre sí. Por otro lado, la nación es una ligazón tan fuerte que une a una sociedad incluso con las desigualdades sociales que puede haber. Es la fraternidad lo que une a los individuos a pesar de no conocerse y de sus diferencias sociales; y es tan fuerte: «[…] que ha permitido, durante los dos últimos siglos, que tantos millones de personas maten, y sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas […]» (Anderson 1993: 25).

La situación en Sudáfrica en 1990 distaba de contener los principales elementos constitutivos de una nación que señala Anderson. Mandela y De Klerk son en ese momento los líderes de los dos principales partidos políticos, el Congreso Nacional Africano y el Partido Nacional, en un país donde el desencuentro entre

blancos y negros era el resultado de varias décadas de sometimiento y exclusión por parte de una minoría que monopolizaba el poder político, económico y militar. Frente a ello, un sector importante de la mayoría negra, que había sido postergada y sojuzgada, quería tomar revancha contra la minoría blanca que había ocasionado ese estado de cosas. En ese contexto era casi imposible concebir la posibilidad de una «comunidad imaginada» entre los dos grupos. El clima reinante distaba de una voluntad compartida de unirse y había muy pocas posibilidades de forjar un acercamiento entre blancos y negros ¿Cómo fue posible entonces evitar un enfrentamiento de proporciones? ¿Cómo hicieron Mandela y De Klerk para lograr que blancos y negros llegaran a un acuerdo y se unieran? ¿Cómo conciliaron los miedos y aspiraciones de unos y otros de manera pacífica y negociada?

Adiós Bafana

Adiós Bafana, dirigida por Bille August, se centra en la historia de James Gregory (interpretado por Joseph Fiennes), el carcelero de Mandela, y en la relación que se establece entre ellos durante el periodo de prisión de Mandela[2]. La película comienza con el traslado de Gregory a Robben Island, la isla donde el *apartheid* encarcelaba a los líderes negros. Una vez allí, le asignan la responsabilidad de la sección donde se encuentra confinado Nelson Mandela (interpretado por Dennis Haysbert) debido al conocimiento que tenía de su mismo idioma: el xhosa. Gregory, como parte de sus tareas, debe revisar las cartas que entran y salen de la isla (los reos podían solamente mandar dos cartas al año con un máximo de quinientas palabras), así como también escuchar las conversaciones que mantiene Mandela, a través de un vidrio y sin contacto físico alguno, cuando algún familiar lo visitaba. Gregory debía reportar directamente a un superior que estaba en el continente sobre las comunicaciones mantenidas por su prisionero con familiares y seguidores. Un día, como parte del trabajo que debía hacer, recibe un telegrama con una terrible noticia que debe hacer llegar a Mandela en mano. El telegrama anuncia que el hijo mayor de Mandela, Thembi, había muerto en un accidente de automóvil.

A partir de este hecho trágico, la película da un giro decisivo en la trama. Esa misma noche, luego de dejar a Mandela desconsolado, Gregory regresa a su

2 Aquel hombre que había custodiado al prisionero más famoso de Sudáfrica terminó siendo un testigo privilegiado de uno de los momentos más trascendentes en la vida de Mandela. James Gregory fue uno de los invitados especiales que se sentaron cerca de Mandela en el momento de la toma de posesión como presidente. La historia de esta extraordinaria amistad se desarrolla en detalle en el libro de Gregory (1995), cuyo título en español es: *Adiós Bafana, Nelson Mandela, mi prisionero, mi amigo. Un íntimo y movilizador retrato de una extraordinaria amistad* (traducción propia).

casa y no puede conciliar el sueño. La posibilidad de que el accidente haya sido algo planeado por el gobierno –y ser responsable indirecto del hecho por haber brindado información a las autoridades acerca del hijo de Mandela– atormenta su conciencia y no lo deja dormir. Una serie de escenas se suceden con algunos *flashbacks* de cuando siendo niño jugaba, en una granja en la región del Transkei, con su amigo negro llamado Bafana. Gregory, como muestra la película, había sido socializado en su niñez en un mundo donde blancos y negros se trataban como iguales hasta que el *apartheid* lo contamina y lo transforma en un carcelero racista e intolerante. Sus concepciones racistas, sin embargo, van cediendo irremediablemente ante la empatía que siente por la desgraciada situación de Mandela y por la relación de afecto que van construyendo entre ellos. Sus creencias sobre el *apartheid* comienzan a desmoronarse sin retorno con las imágenes que aparecen en su mente sobre esa etapa de la niñez donde lo más importante había sido la amistad con un niño negro. La relación cercana con Mandela resulta también fundamental en esta evolución y cambio en Gregory.

En la mañana siguiente al accidente fatal de Thembi, Gregory visita a Mandela en su celda para intentar consolarlo y el siguiente diálogo se produce:

> Gregory: Buen día, Madiba.
> Mandela: Buen día, señor Gregory.
> Gregory: Quiero que sepa que lamento mucho la muerte de su hijo.
> Mandela: Muchas veces traté de explicarle a mi hijo por qué siempre estuve lejos de casa, que lucho por un mundo mejor, para mi gente y mi familia. No sé si alguna vez me entendió ¿Dónde aprendió a hablar el xhosa, señor Gregory?
> Gregory: Me crié cerca de donde nació usted.
> Mandela: Entonces me entiende. Necesito enterrar a mi hijo.
> Gregory: Sabe que nunca permitirán eso.
> Mandela: Soy un hombre honorable. Le doy mi palabra de que no intentaré escapar.
> Gregory: No es por usted. Es por sus amigos comunistas ¿Y si intentan rescatarlo?
> Mandela: ¿A qué amigos comunistas se refiere, señor Gregory?
> Gregory: El Congreso Nacional Africano.
> Mandela: ¿No ha leído la Carta de la Libertad?
> Gregory: Sí, la leí.
> Mandela: No. Es un documento prohibido. ¿Cómo un sargento obtendría tal documento?
> Gregory: Bueno, sé de qué se trata.
> Mandela: Sabría entonces que solo queremos igualdad de derechos para todos. Un mundo en el que gente como usted y yo podamos vivir

juntos en paz. Eso es lo que quería para mi hijo. Seguramente usted quiere lo mismo para sus hijos.



Foto 1. *Adiós Bafana*

La conversación con Mandela sobre el contenido de la Carta de la Libertad del año 1955 despierta la curiosidad de Gregory. Aunque se trataba de un documento prohibido, en una visita al continente se dirige a una biblioteca y solicita una copia de él. Al leerlo comienza a comprender las palabras de Mandela y los verdaderos objetivos que persigue y cómo el mundo del *apartheid* había sido construido sobre un montaje de medias verdades y ocultamientos. A partir de entonces, la película muestra la relación de complicidad y mayor cercanía que comienza a forjarse entre el prisionero y su carcelero. Gregory, por ejemplo, se solidariza con un pedido de Mandela y entrega un chocolate a su esposa Winnie como regalo de navidad. El pequeño gesto de humanidad que se permite en el marco de esta creciente complicidad es descubierto y severamente condenado por sus superiores, que a los gritos le recuerdan la misión que tenían los carceleros: deshumanizar a los líderes negros que estaban presos en Robben Island. Al mismo tiempo, los cambios que van teniendo lugar en Gregory ponen en tensión la relación con su esposa, preocupada por la suerte de la carrera de su marido y el impacto negativo que podía tener su actitud condescendiente con Mandela. También los otros carceleros y sus esposas comienzan a notar el «cambio» de Gregory y deciden tomar distancia de ellos, lo que en algunos casos se manifiesta mediante visibles enojos y reproches hacia los Gregory.

Los años avanzan en la película, es 1982 y a Gregory lo trasladan a la prisión de Pollsmoor ubicada en el continente para ocuparse de Mandela y los otros cua-

tro prisioneros que, luego de dieciocho años, salen de Robben Island para vivir con mayores comodidades y menores restricciones. Allí en Pollsmoor el hijo de Gregory, Brent, comienza a trabajar a su lado también como carcelero, sin embargo, Mandela lo alienta a estudiar una carrera universitaria para progresar en la vida y ser algo más que carcelero.

El mismo día que finaliza sus exámenes y ya con el título de abogado, Brent llama de muy buen ánimo a su familia para comentar la gran noticia. Pero en el camino de regreso de la universidad muere en un accidente automovilístico. Gregory no tiene consuelo por la pérdida de su hijo, que era el primero de su familia y de la de su esposa en conseguir un título universitario y lo había logrado con distinciones. Mandela es quien ahora intenta consolar a su carcelero enviándole una sentida nota de condolencia. La película resalta aquí otro gesto de esa magnanimidad que distinguía a Mandela, retratándolo en una escena donde también alivia a Gregory acerca de la supuesta responsabilidad que sentía por la muerte de su hijo Thembi. Mandela le asegura que, a pesar de la información que había brindado, el *apartheid* tenía de todas maneras los ojos puestos en su hijo.

La misma circunstancia que enluta a Mandela y a Gregory por igual, el sufrimiento compartido ante la irreparable muerte de un hijo, es un elemento esencial de la película para desarrollar el encuentro que se va produciendo entre dos personas que un sistema había separado como enemigos. Gregory es quien está junto a Mandela en los momentos más importantes, como el día de su liberación. Antes que Mandela caminara como un hombre libre, Gregory le entrega su amuleto de la suerte, que le había obsequiado su amigo Bafana.

La relación tan cercana y especial que logran forjar Mandela y su carcelero es la analogía que representa la posibilidad de la unión para Sudáfrica. La película deja al espectador la sensación de la experiencia transformadora que vive un blanco racista encargado de custodiar al líder de los negros más temido y odiado por los blancos. La relación que construyen entre ellos es el anuncio de los vientos de cambio que soplarán en Sudáfrica entre blancos y negros.

La escena final de la película muestra a Mandela caminando ya como un hombre libre, como alguien convencido y dispuesto a jugarse por ese ideario de la Carta de la Libertad mencionado por Mandela durante la película: «Un mundo en el que gente como usted y yo podamos vivir juntos en paz».

Invictus

Invictus, película dirigida por Clint Eastwood, comienza con el día de la liberación de Mandela (interpretado por Morgan Freeman) y llega hasta la victoria de Sudáfrica en el campeonato mundial de *rugby* de 1995.

En la primera escena, un grupo de blancos se encuentra realizando un entrenamiento de *rugby*. Unas rejas y una calle dividen el bien cuidado campo de entrenamiento de *rugby* de un espacio de tierra en malas condiciones donde un grupo de negros juega al fútbol. Por esa calle pasa la caravana que lleva a Mandela en el día de su liberación en 1990. Los negros celebran, mientras los blancos maldicen: «[…] este es el día que Sudáfrica se fue al demonio […]». Se muestra en esa escena un notorio contraste entre las condiciones de vida de unos y de otros, así como en las actitudes tan distintas frente al hecho de la liberación de Mandela en una coyuntura marcada por la división del país en ese entonces.

Luego, la película pega un salto a 1994 con la elección de Mandela a la presidencia, el juramento con algunos pasajes de su discurso inaugural y las primeras actividades que va realizando una vez elegido. En el primer día de trabajo llega al despacho presidencial y congrega a todo el personal. La atmósfera es tensa y uno de los empleados blancos, que había sido convocado a esa reunión, al aparecer Mandela sonriente, le dice a un compañero: «Quiere tener la satisfacción de echarnos al mismo tiempo». Mandela sorprende a los empleados blancos y les pide que se queden: «El pasado es el pasado. Miramos hacia el futuro ahora. Necesitamos su ayuda, queremos su ayuda. Si quisieran pueden quedarse y le van a prestar un gran servicio al país. Todo lo que les pido es que trabajen poniendo lo mejor que tienen, con el corazón. Prometo hacer lo mismo. Si podemos manejar eso, nuestro país será una luz que brille ante el mundo».

La película avanza con otras decisiones iniciales de su presidencia, también inspiradas en distintos gestos que pudieran contribuir con el objetivo de Mandela de crear la «nación arco iris». Por ejemplo, en la oficina de la custodia presidencial, ahora dirigida por agentes negros, se presentan de manera sorpresiva cuatro agentes blancos con una carta firmada por el mismo Mandela. El jefe de los custodios no puede creer que algo así esté sucediendo, toma esa carta y se dirige indignado a ver al presidente. Mandela le explica entonces la trascendencia de tener custodios blancos y negros: «Cuando la gente me ve en público ven a mis custodios. Ustedes me representan directamente. La nación arco iris comienza aquí. La reconciliación comienza aquí mismo». Mandela parece estar convencido de que cada gesto desplegado ante negros y blancos puede tener un significado muy valioso y contribuir positivamente en esas circunstancias.

En la trama de *Invictus* se van presentando ese tipo de pequeñas y grandes decisiones que personifican a Mandela como el líder de una gran gesta, como el presidente de todos sin excepción, de modo de crear las condiciones para construir una nueva etapa de reconciliación, encuentro y cooperación. Sin embargo, las distintas situaciones y decisiones tienen lugar alrededor del tema central de la película: el campeonato mundial de *rugby* de 1995 y su importancia política para unir a blancos y negros, algo que Mandela está dispuesto a aprovechar al máximo,

aun cuando sus asesores y muchos de sus seguidores no ven con buenos ojos la decisión que toma su líder.

El *rugby* en Sudáfrica era el deporte favorito de la minoría blanca y el equipo nacional de los Springboks era, a los ojos de la mayoría negra, el símbolo del *apartheid* y de todo lo que les había sido denegado. Como recuerda John Carlin (2008), los negros habían logrado llevar adelante, durante los años más duros del *apartheid* una campaña de aislamiento internacional y los Springboks se habían visto impedidos de competir contra otros países durante más de una década, pero Mandela consigue que el comité nacional ejecutivo de su partido político apoye el fin de esa campaña. En esta concesión a los blancos, él buscaba producir un gesto que contribuyera a calmar los miedos que estos tenían en caso de que los negros llegaran al poder, dejando en claro que de producirse esto ello no estaría acompañado de revanchas ni persecuciones hacia los blancos.

Las sanciones internacionales, gracias al apoyo de Mandela, son finalmente removidas y los Springboks pudieron, luego de once años, jugar un partido contra los All Blacks de Nueva Zelanda en el estadio Ellis Park. En ese partido, una multitud enardecida canta el himno de los blancos, «La llamada», mientras se agita la bandera nacional que los representa. Frente a esto, después del encuentro, Mandela tiene que convencer a una dirigencia negra, enfurecida por tantas muestras públicas de los blancos de odio hacia los negros, acerca del carácter estratégico que tenía el *rugby* para aplacar los miedos de aquellos y de la importancia de apoyarlos, porque este deporte era uno de esos elementos fundamentales que se necesitaban para mantener tranquilos a los blancos acerca de cómo los negros se comportarían una vez en el poder, algo esencial en la construcción de la nación.

Luego, *Invictus* muestra al presidente Mandela cuando asiste a un partido de *rugby* amistoso entre Sudáfrica e Inglaterra, que tiene lugar un año antes del mundial. Allí, unos deslucidos Springboks son humillados por el equipo rival. El ministro de deportes, que comparte el palco con Mandela le comenta, con cierto agrado, que el Comité Nacional de Deportes celebraría muy pronto una reunión para decidir el cambio de nombre del equipo de *rugby*, la eliminación de su emblema y el reemplazo del color verde y oro de la camiseta, todos los signos que representaban, para los negros, el sistema del *apartheid*. El comité finalmente decide por unanimidad que el nombre de los Springboks sea reemplazado por el de Proteas y también que se elimine el emblema y se reemplacen los colores de la camiseta. Mandela, enterado de la decisión tomada, se dirige personalmente a hablar con los miembros del comité para convencerlos de revisar todo lo acordado por ellos. Lo primero que les pide es que reconsideren la votación, bajo el argumento de que los afrikáners, que aman el *rugby* y a los Springboks, ya no son los enemigos, sino «compatriotas de Sudáfrica, socios en la democracia». Además, lanza una severa advertencia en caso de que se prosiga por ese camino equivocado: «Sacarles todo eso es perderlos. Tenemos que sorprenderlos mediante la

compasión y la generosidad, porque es el momento de construir la nación y dejar de lado la revancha usando cada ladrillo a disposición, aun si ese ladrillo viene con un envoltorio verde y oro […]». Entonces, logra con su maniobra restaurar a los Springboks y torcer la decisión del comité. En el camino de regreso se lo nota exultante por la pequeña victoria lograda, por una diferencia de doce votos que apoyan su moción, mientras le explica a una de sus asesoras la importancia de terminar, mediante gestos de esa naturaleza, con «el círculo de miedo» que rodeaba a los blancos.



Foto 2. *Invictus*

Después de este logro, François Pienaar (interpretado por Matt Damon), el capitán del equipo, recibe una invitación para tomar el té con el presidente. En ese primer encuentro cara a cara que mantiene con él, Mandela le cuenta sobre los años en Robben Island y cómo en los momentos más difíciles de esa etapa se sostenía con la lectura del poema victoriano «Invictus» y se inspiraba «[…] utilizando el trabajo de otros […]». La conversación prosigue y Mandela le cuenta una anécdota sobre los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992 y cómo en esa ocasión había sido recibido y saludado por la gente de todo el mundo con una canción sumamente inspiradora «[…] en un momento donde el futuro de Sudáfrica parecía muy oscuro […]». François, lleno de curiosidad, le pregunta qué canción era y Mandela responde: «"Dios bendiga a África", una canción muy inspiradora. Necesitamos inspiración, François, porque para construir la nación

debemos todos superar nuestras propias expectativas […]»[3]. El poema «Invictus», mencionado por Mandela en este encuentro como las palabras que lo habían ayudado a sostener los momentos más difíciles de su encarcelamiento, se convierte en un elemento central de la película. Posteriormente, Mandela le obsequia a François este poema para que con sus palabras supere sus propias expectativas y haga rendir al máximo a su equipo.

François comienza a percibir, luego de la reunión con el presidente, que su trabajo iba más allá del mundial de *rugby*. Por otra parte, recibe la orden de realizar sesiones de entrenamiento en los lugares donde vivía la población negra, pero sus compañeros de equipo protestan y se niegan a participar. El capitán, para convencerlos y mostrarles la responsabilidad que ahora tienen, les dice: «Muchachos, nos hemos convertido en algo más que jugadores de *rugby* […]».

Los Springboks comienzan a llevar el *rugby* a los barrios de los negros y en cada lugar que visitan pueden ver el estado deplorable en el que viven y cómo los había maltratado el *apartheid* durante tanto tiempo. En esos encuentros, entonces, comienzan a sentir la responsabilidad que tenían ellos como figuras deportivas para contribuir a revertir el legado de exclusión del *apartheid* que estaban viendo con sus propios ojos. Al retirarse de cada lugar, la película muestra el cartel que dejaban con un lema que resumía el sentido de aquello que era posible lograr a través del *rugby*: «Un equipo, un país».

El mundial de *rugby* avanza y Mandela sigue con entusiasmo el buen desempeño de los Springboks, que logran llegar a la final a pesar de los pronósticos en contra de gran parte de la prensa deportiva. Una escena central de la película tiene lugar cuando François, en medio del torneo, hace un alto en el entrenamiento y lleva de visita a los integrantes de su equipo a Robben Island para que vieran de dónde había salido el presidente que ahora los estaba apoyando y entendieran la importancia de lo que estaban haciendo; y, de esa forma, prepararlos para esa final donde se enfrentarían con uno de los mejores seleccionados de toda la historia del *rugby*: los All Blacks. Mientras François mira desde la que había sido la pequeña celda de Mandela hacia el patio donde el prisionero realizaba trabajos forzados, la película muestra una imagen de Mandela que se proyecta en la imaginación de François, cuya voz en *off* va recitando el poema Invictus: «[…] ya no importa cuán recto haya sido el camino… ni cuántos castigos lleve en la espalda… Soy el amo de mi destino… soy el capitán de mi alma […]».

En el partido final, Mandela aparece vistiendo la camiseta y un sombrero de los Springboks, los elementos principales que habían simbolizado por tantos años

3 «Nkosi Sikele Africa» o «Dios bendiga a África» era el himno de los negros sudafricanos. Los blancos tenían su propio himno, «Die Stem» o «La llamada». En *Invictus* se muestra una escena donde François Pienaar, influenciado por los consejos que recibe de Mandela, intenta convencer a los Springboks de cantar en el estadio partes del nuevo himno para mostrar a los negros que ahora eran sus compatriotas en la nación arco iris.

a los enemigos de los negros. El presidente luce con orgullo los emblemas de aquellos que lo habían oprimido y ese gesto inesperado predispone de la mejor manera al equipo y a los hinchas para enfrentar el partido final. El estadio estalla y los sudafricanos deliran ante la presencia de su presidente, todos lo aclaman y al unísono cantan: «Nelson, Nelson, Nelson». En un partido muy parejo, ningún equipo logra la ventaja en el tiempo reglamentario y deben ir a uno suplementario. El milagro se produce minutos antes de que este termine, con una jugada magistral de Joel Stransky que pone en ventaja 15 a 12 a los Springboks. El árbitro hace sonar el silbato y una de las mejores finales de la historia del *rugby* termina. A continuación, Mandela le entrega a François la copa en medio de una multitud delirante que lo aclama y lo siente como a un padre, es decir, como la figura que concibe a la nación y la conduce hacia la unión.

En *Invictus* se puede ver también que el padre de Sudáfrica y de todos los sudafricanos había perdido a su propia familia; se había distanciado de sus afectos más cercanos por haberlos desatendido durante tanto tiempo. El contraste que muestra la película es una situación paradojal: el padre de la nación que tanta felicidad siente por ver a blancos y negros unidos, se encuentra sin familia propia y con una tristeza que lo acompaña siempre, algo que aparece de distintas formas en las tres películas que analiza este trabajo.

Escenas de blancos y negros celebrando en esa jornada de fiesta, unidos por la victoria de los Springboks, se van sucediendo en la película para entrar en su cierre. A estas alturas, el espectador está convencido del genio político de Mandela, que había visto en el *rugby* y en una victoria en la copa del mundo los elementos que decididamente podían unir a blancos y negros en esas circunstancias tan difíciles. La hazaña que consiguen los Springboks de unir a todos detrás de un equipo contiene una poderosa analogía y es que Sudáfrica puede vislumbrar, por primera vez en su historia, la posibilidad de ser «un equipo, un país».

Mandela. Del mito al hombre

Mandela. Del mito al hombre, dirigida por Justin Chadwick y estrenada en Londres el día de su muerte, es la más reciente película sobre Mandela (interpretado por Idris Elba) y la que cubre el periodo más extenso de su vida: comienza en su niñez y luego pasa por los comienzos de su militancia política, el ejercicio de su profesión, la primera pareja con la que concibe a su hijo Thembi, su matrimonio con Winnie (interpretada por Naomie Harris), la entrada a la clandestinidad, su persecución, su propia defensa legal ante el juicio condenatorio, su encarcelamiento, su liberación, la evolución personal de su estrategia política y la negociación con el *apartheid,* para llegar finalmente a la primera elección democrática de Sudáfrica, donde es elegido como presidente.

La relación de Mandela con Winnie es un punto importante en esta película, ya que, a través de las discrepancias de fondo entre ellos sobre el proceso político y cómo conducirlo, se puede notar la forma en que Mandela intenta priorizar el perdón y la reconciliación como eje central de su propuesta política, mientras que Winnie alienta, en seguimiento a lo que le pedía la mayoría de los negros, la toma de revancha sin conceder nada a los blancos.

La diferencia de concepción entre Mandela y Winnie se resume en una escena que tiene lugar durante los momentos previos al proceso electoral de 1994. Mandela aparece en televisión y, tras buscar en su bolsillo, saca un papel y lee un mensaje que había recibido de parte de sus seguidores. Durante su intervención, las imágenes se alternan con De Klerk, que sigue la alocución acompañado de sus colaboradores; Winnie, su ex esposa, que denota su discrepancia con lo que dice Mandela; y una tercera imagen, la de una audiencia compuesta por negros desilusionados que esperaban recibir un mensaje diferente por parte de su líder. En la nota que lee Mandela, sus compatriotas le piden que, en vez de la paz, entregue armas. Mandela, mirando a la cámara, contesta a ese pedido:

> Esta es mi respuesta: hay una sola forma de avanzar y es en paz. Yo sé que eso no es lo que ustedes quieren oír, pero no hay otro camino. He perdido veintisiete años de mi vida en prisión, pero les digo ahora que he perdonado. Si he sido capaz de perdonarlos a ellos, entonces ustedes pueden perdonarlos a ellos. No podemos ganar una guerra, pero podemos ganar una elección […].



Foto 3. *Mandela. Del mito al hombre*

La fortaleza moral que tiene Mandela para decir aquello que sus seguidores no querían escuchar es, en gran parte, fruto de una serie de hechos que se van produciendo en momentos clave de su vida política, una suerte de capital que va construyendo. Uno de esos momentos estelares, que la película desarrolla y que contribuyen con la formación de su fortaleza moral, es el juicio al cual fue sometido en el año 1964 por las acciones de sabotaje que llevaba adelante desde la clandestinidad y que estaban orientadas a derrotar al *apartheid*. El juez, como le advierten sus abogados, podía aplicarle a Mandela, y también a la cúpula del Congreso Nacional Africano, la pena de muerte, pero él les dice que luego de haberlo conversado con los otros dirigentes, en caso de recibir la pena máxima, no apelarían.

Antes de recibir el veredicto del juez, que finalmente se decidió por la cadena perpetua, Mandela en el uso de la palabra dice: «He desarrollado una valoración positiva sobre el ideal de una sociedad libre y democrática, donde todas las personas puedan vivir juntas y con iguales oportunidades. Este es un ideal al cual pienso dedicar mi vida para que se logre. Pero, si es necesario, es un ideal por el cual estoy preparado para morir […]»[4]. Mandela estaba decidido a morir como un mártir por la causa que defendía y esa postura es la fortaleza que va construyendo como líder y que posteriormente le permite desplegar su visión política aún en contra de lo que la mayoría negra esperaba y demandaba para Sudáfrica.

En esta película se recupera de alguna manera el rol trascendente que juega De Klerk (interpretado por Gys de Villiers) durante la etapa más crítica del proceso político y su aporte para que los grupos en pugna privilegiaran, por sobre cualquier otro objetivo, unirse en el ideario de la construcción de una etapa nueva para Sudáfrica mediante una reconciliación basada en el perdón. En la película se puede ver cómo Mandela se convierte en un gran líder que conduce un cambio de sistema por la vía pacífica, pero ello tiene lugar también gracias al aporte decisivo del presidente De Klerk, quien además de liberarlo[5] anula las leyes que estructuraban legalmente al *apartheid*.

Mandela. Del mito al hombre es la historia del liderazgo que ejerce Mandela sobre sus seguidores, así como también sobre sus opositores. Se basa en el desplie-

4 Conversando con Max Cameron sobre *Mandela. Del mito al hombre*, la resumió de la siguiente manera: «Hay dos puntos en esta película que particularmente resaltan. En primer lugar, su defensa legal. Es realmente movilizador ver cómo estaba preparado para morir por una causa con esa gracia y humildad. En segundo lugar, su llamado a terminar con la violencia. ¡Cómo podrías dejar de admirar a un líder que se para no solamente frente a sus adversarios sino también frente a sus seguidores! Su autoridad moral a lo largo de la película es lo que va iluminando la oscuridad».

5 El 2 de febrero de 1990, De Klerk anuncia en una sesión del Parlamento la legalización del Partido del Congreso Nacional Africano y que Nelson Mandela, luego de haber estado veintisiete años preso, sería liberado en el plazo de siete días.

gue de una autoridad moral a la que apela para hacer que los negros perdonen a los blancos y para convencer a los blancos acerca de la forma pacífica en la que él pretende llevar adelante el proceso, sin revanchismo ni persecuciones, una vez que llegue al poder. Esa conjunción hace posible construir una unión como resultado de haber aplacado los miedos de los blancos y las aspiraciones revanchistas de los negros al llegar al poder por primera vez en el ejercicio de su derecho a elegir a sus autoridades. El gran objetivo que se propone Mandela se ve realizado con las imágenes finales de la película, que muestran a un hombre sonriente que camina como presidente electo rodeado por igual de blancos y negros.

Epílogo

Las tres películas elegidas[6] comparten una similitud al ser adaptaciones cinematográficas de relatos escritos: *Adiós Bafana* es el título homónimo del libro que escribe Bob Graham a partir de las memorias de James Gregory, el carcelero de Mandela; *Invictus* se basa en el libro de John Carlin, *El factor humano*; y *Mandela. Del mito al hombre* es la autobiografía de Mandela, titulada *El largo camino hacia la libertad.* Así, el espectador tiene en estas películas, primero, la adaptación a la pantalla del relato del carcelero que estuvo al lado de Mandela durante sus años de prisión y que, como anuncia desde el título de su libro, termina siendo su amigo; luego, una investigación periodística sobre el papel que jugó el campeonato mundial de *rugby* de 1995 en la visión política de Mandela; y, por último, la biografía de Nelson Mandela, que abarca toda su vida y la evolución de su pensamiento y praxis política.

Las películas en conjunto brindan una aproximación al proceso de cambio político que tuvo como eje la construcción, mediante medios pacíficos, de una unión entre dos grupos humanos con historias, lenguas, ritos religiosos, costumbres y morales distintas. Esas diferencias habían sido exacerbadas hasta el extremo por uno de esos grupos –la minoría blanca– a expensas del otro –la mayoría negra–, llegando incluso a someter aquel a este de una manera cruel, lo cual se justificaba, forzadamente, como una situación de orden natural que figuraba en las sagradas escrituras.

El abismo entre estos dos mundos tan distantes era una olla de presión a punto de estallar cuando Mandela sale en libertad y a pesar de ello, o precisamente por ello, elige recorrer el camino más difícil de todos: la construcción de una nación

6 Además de estas, existen otras películas sobre Mandela. En 1987 se estrenó *Mandela* (Saville), protagonizada por Danny Glover; en 1997, *Mandela & De Klerk* (Sargent), protagonizada por Sidney Poitier y Michael Cane; y en 2011 apareció *Winnie Mandela* (Roodt), protagonizada por Jennifer Hudson y Terrence Howard.

entre blancos y negros. Esa proeza fue posible, como se ha intentado señalar, por el papel que juega también De Klerk, aunque en las películas no aparezca, o solamente tenga algunas apariciones marginales. Sin su intervención, la historia muy probablemente hubiera sido otra. Es que más allá de la épica con sabor a Hollywood de estas películas, la colaboración entre líderes políticos que tuvo lugar y que *Mandela. Del hombre al mito* resalta en algunas de sus partes, es un hecho poco frecuente en la dinámica que envuelve a la política en general. En el caso de Sudáfrica en particular, la colaboración entre ambos genera las condiciones de un cambio casi milagroso: la reconciliación y la integración entre enemigos históricamente enfrentados.

Una nación es una unión basada en la fraternidad, pero la minoría blanca había recorrido el camino contrario desde 1948 al instalar el *apartheid*, mientras que la mayoría negra, como reacción, solamente quería «una bala para cada ocupante blanco». La «común-unión», «un equipo, un país», en esas circunstancias era algo casi imposible de concebir en Sudáfrica. Mandela y De Klerk, en un contexto altamente adverso, se jugaron por el ideario de construir las bases para que pudiera emerger «una gran solidaridad», para el nacimiento de una nación contra todos los condicionantes existentes y en un momento en el que «[…] el futuro de Sudáfrica parecía muy oscuro […]», como le dice Mandela a François en *Invictus*. Esta es la obra ampliamente reconocida y resaltada en las películas elegidas para este ensayo, porque para lograr empresa tan difícil, Mandela y De Klerk coincidieron en privilegiar los aspectos más nobles que deben guiar a la acción política: el acercamiento entre las partes y la búsqueda de una unión fraterna más allá de las diferencias existentes como un primer principio esencial y superior para que exista, prospere y se desarrolle el potencial de la nación.

El ejemplo de estos dos líderes –para actuales y futuras generaciones de políticos–, que sin especular dicen a sus seguidores lo que se necesita hacer, aun cuando sean verdades difíciles de escuchar o cuyo costo político puede ser alto, es difícil de igualar. Pero también es imprescindible considerarlo a la hora de guiar e inspirar la acción política de todo hombre o mujer que se sienta llamado al servicio de los más altos ideales de su comunidad. En esas formas de concebir lo político se encuentra la llave que deben usar los líderes para que un pueblo pueda unirse y desplegar lo mejor que existe en las partes que lo constituyen.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict
1993 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo.* México: FCE.

CARLIN, John
2008 *Playing the Enemy. Nelson Mandela and the Game that made a Nation*. Nueva York: The Penguin Press.

GLAD, Betty y Robert BLANTON
1997 «F. W. de Klerk and Nelson Mandela: A Study in Cooperative Transformational Leadership». En: *La Presidencia en el Mundo. Estudios Presidenciales Cuatrimestrales*, vol. 27, Nº 3, pp. 565-590.

GREGORY, James
1995 *Goodbye Bafana. Nelson Mandela, my Prisoner, my Friend. The Intimate and Moving Portrait of an Extraordinary Friendship.* Londres: Headline Book Publishing.

MANDELA, Nelson
1994 *Long Walk to Freedom*. *The Autobiography of Nelson Mandela*. Londres: Abacus.

STENGEL, Richard
2009 *Mandela's Way. Fifteen Lessons on Life, Love and Courage*. Nueva York: Crown Publishing Group.